

**EL LIENZO**  
*(The Chronicles of Clovis, 1911)*

— La jerga artística de esa mujer me cansa —dijo Clovis a su amigo periodista—. Es tan amiga de hablar de algunos cuadros diciendo "que se le hacen carne", como si se tratara de alguna clase de hongos adheridos a la piel.

— Eso me recuerda la historia de Henri Deplis —dijo el periodista—. ¿Te la he contado alguna vez?

Clovis hizo un movimiento negativo con la cabeza.

— Henri Deplis nació en el Gran Ducado de Luxemburgo. Después de madura reflexión se convirtió en viajante de comercio. Sus actividades comerciales frecuentemente lo llevaban más allá de los límites del Gran Ducado, y se hallaba en una pequeña ciudad del norte de Italia cuando, desde su país, le llegó la noticia de que había sido beneficiado con un legado de un pariente distante y fallecido.

No era un legado importante, aun desde el modesto punto de vista de Henri Deplis, pero lo impulsó hacia algunas extravagancias aparentemente inofensivas. Particularmente lo llevó a auspiciar el arte local representado por las agujas de tatuar del *signor* Andreas Pincini. El *signor* Pincini era, quizás, el más brillante maestro en el arte del tatuaje que Italia hubiera conocido jamás, pero estaba decididamente empobrecido, y por la módica suma de seiscientos francos aceptó de buen grado la tarsea de cubrir la espalda de su cliente, desde el cuello hasta la cintura, con una radiante representación de la caída de Icaro. La obra, una vez realizada, significó una leve desilusión para *monsieur* Deplis, quien había sospechado que Icaro era una fortaleza que había sido tomada por Wallenstein durante la Guerra de los Treinta Años, pero estuvo más que satisfecho con la ejecución del trabajo que fue aclamado, por todos aquellos que tuvieron el privilegio de verlo, como la obra maestra de Pincini.

Fue su mayor esfuerzo y el último que realizó. Sin esperar siquiera que se le pagara su trabajo, el ilustre artista abandonó esta vida y fue enterrado en una ornamentada tumba, cuyos alados querubines sin duda habrían proporcionado un espacio singularmente reducido para el ejercicio de su arte favorito. Quedaba, sin embargo, la viuda de Pincini a quien se le debían los seiscientos francos. Y entonces surgió la grave crisis en la vida de Henri Deplis, viajante de comercio. El legado, bajo la presión de muchos pequeños requerimientos, había disminuido su monto hasta adquirir proporciones insignificantes, y una vez que fue abonada una urgente factura de vino y otras cuentas diversas, quedaron poco más de cuatrocientos treinta francos para ofrecer a la viuda. La dama se indignó con toda razón, no tanto por la quita sugerida de ciento setenta francos, como volublemente explicó, sino también por el intento de depreciar el valor de la reconocida obra maestra de su finado esposo. Una semana después, Deplis se vio obligado a reducir su oferta a cuatrocientos cinco francos, circunstancia que convirtió en furia la indignación de la viuda. Entonces canceló la venta de la obra de arte, y pocos días después Deplis se enteró, con una sensación de profunda consternación, que la mujer se la había regalado a la municipalidad de Bérgamo, que aceptó agradecida. Deplis abandonó el barrio tan discretamente como pudo, y se sintió genuinamente aliviado cuando sus negocios lo obligaron a dirigirse a Roma, donde esperaba que su identidad y la del famoso cuadro pudieran perderse de vista.

Pero llevaba sobre sus espaldas la carga del genio del artista fallecido. Cuando un día se presentó en el humeante corredor de una casa de baños turcos, fue rápidamente obligado a vestirse de nuevo por el propietario, un italiano del norte, quien enfáticamente se negó a permitir que la celebrada caída de Icaro fuera exhibida en público sin el permiso de la municipalidad de Bérgamo. El interés general y la vigilancia oficial se incrementaron a medida que el asunto tomó más amplio conocimiento público, y Deplis no pudo realizar ni una simple zambullida en el mar o en el río durante las tardes de más calor, a menos que estuviese cubierto desde el cuello por un sustancial traje de baño. Más tarde, las autoridades de Bérgamo concibieron la idea de que el agua salada podía resultar pernicioso para la obra de arte, y se obtuvo un mandamiento perpetuo que privaba al ya atormentado viajante de comercio de bañarse en el mar bajo cualquier circunstancia que fuera.

Por lo tanto, éste se sintió fervientemente agradecido cuando su firma empleadora extendió sus actividades hasta las cercanías de Burdeos. Su agradecimiento, sin embargo, se detuvo abruptamente en la frontera franco italiana. Una imponente formación de fuerzas oficiales le impidieron la partida, y le recordaron severamente la existencia de una ley que prohíbe la exportación de obras de arte italianas.

Se inició entonces una conferencia diplomática entre los gobiernos de Luxemburgo e Italia, y en un momento la situación de Europa se vio amenazada por posibilidades de guerra. Pero el gobierno italiano se mantuvo firme; se negó a preocuparse por la fortuna y aun por la existencia de Henri Deplis, viajante de comercio, pero permaneció incommovible en su decisión de que la *Caída de Icaro* (obra del difunto Pincini, Andreas), al presente propiedad de la municipalidad de Bérgamo, no abandonara el país.

Pasado un tiempo el revuelo fue desapareciendo, pero el infortunado Deplis, que constitucionalmente prefería pasar inadvertido, unos meses después, se vio envuelto, una vez más, en el centro de una furiosa controversia. Cierta experto en arte alemán, que había obtenido de la municipalidad de Bérgamo el permiso necesario para inspeccionar la famosa obra, declaró que se trataba de un Pincini espurio, probablemente el trabajo de algún alumno a quien este había empleado en sus años declinantes. El testimonio de Deplis en el asunto obviamente carecía de valor, ya que había estado bajo la influencia de los acostumbrados narcóticos durante el largo proceso del tatuaje. El director de una revista de arte italiana refutó el argumento del experto germano, y tomó sobre sí la obligación de probar que la vida privada de éste no condecía con ninguna norma de decencia de la vida moderna. La totalidad de Italia y de Alemania se vio envuelta en la disputa, y el resto de Europa estuvo pronto involucrada en la discusión. Se produjeron escenas tormentosas en las cortes españolas, y la Universidad de Copenhague otorgó una medalla de oro al experto alemán (enviando después una comisión para que examinara *in situ* las pruebas presentadas por éste), mientras que dos estudiantes polacos residentes en París se suicidaron para demostrar lo que ellos pensaban del asunto.

Mientras tanto, el infortunado lienzo humano no lo pasaba mejor que antes, y no resultó extraño que ingresara en las filas de los anarquistas italianos. Por lo menos cuatro veces lo escoltaron hasta la frontera acusado de ser un extranjero peli-

groso e indeseable, pero siempre se le impidió la salida del país en su calidad de lienzo de la Caída de Icaro (atribuido a Pincini, Andreas, principios del siglo XX). Y entonces, un día, en un congreso anarquista de Génova, un compañero trabajador, en el acaloramiento del debate, rompió un frasco de líquido corrosivo sobre su espalda. Su agresor fue severamente reprendido por atacar a un compañero anarquista, y condenado a siete años de cárcel por estropear un tesoro del arte nacional. En cuanto pudo abandonar el hospital, Henri Deplis fue obligado a cruzar la frontera como extranjero indeseable.

En las calles más tranquilas de París, especialmente en las que están cerca del Ministerio de Bellas Artes, es probable que algunas veces encuentres un hombre de aspecto deprimido y ansioso quien, si pasas a su lado de día, contestará a tus preguntas con un leve acento luxemburgués. Alimenta la ilusión de ser uno de los brazos perdidos de la Venus del Milo y tiene esperanzas de que el gobierno francés se decida a comprarlo. En todas los demás temas, entiendo que es tolerablemente coherente.

H. H. Munro nació en Akyab (Birmania) en 1870; era hijo de un funcionario civil británico. Siendo aún pequeño fue enviado a Inglaterra para completar su educación.

Terminada ésta, empezó una breve carrera administrativa en Birmania —truncada por los ataques de fiebre— y luego se hizo periodista. Fue corresponsal en Francia y en Rusia del *Morning Post*. Con el pseudónimo de "Saki" publicó numerosos cuentos satíricos en la *Westminster Gazette* a partir de 1900; fueron reunidos en varios libros, entre ellos *The Chronicles of Clovis* (1912). Poco después, Munro se alió para luchar en la Primera Guerra Mundial (1914) y murió en una trinchera del frente francés en 1918.

El cuento que presentamos plantea una interesante cuestión de derechos reales y creditarios. Después de leerlo, sugerimos echar un vistazo a la ley 11723 (propiedad intelectual) y a los artículos 1629 (locación de obra), 2311 (definición de "cosa") y 2467 a 2570 (especificación o transformación) del Código Civil. ¿Cómo resolverías, querida lector, este desbarajuste jurídico?